



pre-texto 39

Dende a Programación Expandida do TRCDanza 2018 e con motivo da presentación do programa triple “Oasis Paraíso” o vindeiro 15 de setembro no Teatro Rosalía de Castro de A Coruña, convidamos a Elena Carmona, coordinadora artística en El Graner, á elaboración deste Pre-Texto.

Elena Carmona comezou a súa traxectoria profesional como responsable do proxecto de danza no Centro Cívico Barceloneta e co-dirixiu o festival de artes de rúa Per Amor a L’Hart en L’Hospitalet de Llobregat (Barcelona). Dende que entra a formar parte do equipo de contidos do teatro Mercat de les Flors en 2010 coordina distintos proxectos do centro de creación El Graner, como o festival SÁLMON<, do que é co-curadora. Dende agosto de 2018 é a coordinadora artística do Graner.

Elena Carmona sobre Oasis Paraíso.

ESPACIOS CASA
Sobre las residencias artísticas

Siete años en la ola de Graner. Así acababa el mail del TRCDanza en el que me invitaban a hacer un texto sobre las residencias artísticas vinculado a la presentación de Oasis Paraíso.

Siete años con todas las corrientes, mareas, marejadas y marejadillas de un centro de creación de danza y artes vivas. Llegar a un consenso sobre cómo debería ser una residencia artística me parece poco viable a estas alturas. Seguramente podemos partir de unos mínimos, tiempo y espacio, como ya apuntan algunas de las artistas de Oasis Paraíso.

Siempre he pensado que una residencia debería ser un traje hecho a medida para un artista, y hacer un traje requiere, entre otras cosas, tiempo: buscar la tela, tomar medidas, hacer varias pruebas, ajustarlo a las mutaciones de masa corporal... Si no tienes tiempo, pues te vas al H&M, y tienes otra cosa. En estos años he preferido sentirme costurera, de las que conocen bien el cuerpo y los gustos de cada uno de sus clientes, que dependiente del H&M. Es

cierto también que trajes hechos a medida en tu armario tienes poquitos y, como son pocos, valiosos, intentas cuidarlos muy bien.

Uno de los principales rasgos que deberían definir las residencias artísticas es su flexibilidad. El proceso de creación, entendido como un lugar de prueba y error, es frágil por naturaleza. Es un camino que recorrer, que se abre con una pregunta y, dependiendo de la complejidad de ésta, de cómo la formulemos, puede diversificarse, tener más o menos recorrido y dificultad. Ante la incerteza delante de lo desconocido, el riesgo se impone como un valor en la búsqueda al margen de las convenciones, que permite al artista explorar, innovar, y crear un lenguaje propio y singular. Los procesos artísticos, como cualquier lugar de búsqueda, ponen en crisis algo de lo ya preestablecido, de modo que es natural que pasen por un momento de dificultad. Si entendemos la importancia de hacer una alianza entre dificultad y simplicidad, en palabras de la filósofa Marina Garcés, buscar aquel punto en el que la claridad no nos hace las cosas fáciles y en el que la dificultad no nos complica la vida, sino que despierta el anhelo de llevarla más allá; entonces un espacio para la creación de arte debería huir de aquellos discursos que rechazan la dificultad por considerarla elitista, por ser justamente ésta la que puede despertar en nosotras nuevas preguntas, maneras de entender el mundo y de colocarnos ante éste. Siguiendo este discurso, dificultad no es lo mismo que complicación, ya que quien comparte sus dificultades pone al otro a su nivel y lo hace entrar en un juego de interlocución: vamos a pensar esto... juntos. Y un centro de creación es el lugar idóneo para compartir procesos y desde donde pensar juntas.

Volviendo a la flexibilidad, solo una institución flexible, capaz de adaptarse a las necesidades cambiantes del proceso y a sus crisis, puede compartir con el artista las dificultades de la creación. Y es aquí desde donde algunas de las profesionales que llevamos ya un tiempo trabajando dentro de instituciones culturales estamos pensando en la nueva institucionalidad pública. La institución como una organización conformada a partir de un ecosistema de relaciones humanas, sostenida por personas que cuidan de personas, que trabajan desde la proximidad y desde la escucha. Sólo estando cerca podemos anticiparnos y ganar tiempo, confeccionar ese traje hecho a medida, y el tiempo, como decíamos, es otro de los factores claves en las residencias de creación.

En un momento dado, en Graner dejamos de hablar de “residentes” para empezar a hablar de “habitantes”. Habitar un espacio significa vivir en él, ocuparlo, sentirlo casa

y formar parte activa en su construcción. Las relaciones con los habitantes de un espacio de creación, especialmente los artistas, se articulan a partir del tiempo como recurso y, en el caso de un centro de creación como Granner, de los principios de la autogestión como modelo organizativo. En la era del posfordismo, el tiempo adquiere un valor extraordinario, convirtiéndose en un elemento clave de cualquier proceso artístico. El error forma parte de la búsqueda e investigación, así como los resultados no inmediatos o lo no productivo. Para que los artistas pudieran disponer de tiempo y huir de fórmulas orientadas a la producción, decidimos en su momento apostar por un modelo singular de centro de creación abierto 24 horas, 365 días al año, el cual sólo es posible a partir de la autogestión del espacio y de la confianza plena en sus habitantes. Todo un desafío para cualquier institución pública.

Por otro lado, el tiempo es igualmente necesario en la construcción de las relaciones de confianza entre instituciones, artistas y agentes colaboradores. El ecosistema de un espacio de creación sólo es sostenible a partir de relaciones a largo plazo, que permiten un conocimiento profundo del otro, necesario para poder acompañarse mutuamente.

Un centro de creación es un espacio habitado por artistas que generan obras. Estas obras necesitan recursos para poder realizarse, y un circuito que permita confrontarlas. Pero un centro de creación es, por encima de todo, un espacio que genera conocimiento. Recogiendo la idea de trabajo inmaterial, en palabras de Antonio Negri “El trabajo inmaterial – aquel que produce los bienes inmateriales como la información, los saberes, las ideas, las imágenes, las relaciones y los afectos – tiende a tornarse hegemónico (...) el trabajo inmaterial sólo puede ser realizado colectivamente, intercambiando informaciones, conocimientos (...)”.

Las nuevas formas de producción de tangibles e intangibles se basan en el intercambio de bienes y conocimiento, que se sustentan en amplias redes de agentes, organizaciones, instituciones, etc. De esta manera, estamos transitando de modelos de gestión centrados en la propia institución, a la interinstitucionalidad como modelo de gestión relacional e interconectada. Ante los retos de internacionalización y de transformación del mercado artístico, las redes de relaciones no jerárquicas, basadas en la cooperación, la solidaridad, la confianza y el aprendizaje compartido, se hacen fundamentales y se convierten en pilares desde los que construir nuestro ecosistema de residencias artísticas, en el que proyectos que habitan en la periferia, como Residencias Paraíso o Azala, por poner sólo un par de ejemplos, adquieren un valor importantísimo como espacios de resistencia desde donde trabajar desde los márgenes. Porque justamente ese espacio de marginalidad, ese espacio liminal, es el que abre otros posibles, permite cuestionar la convención del centro y

producir otras realidades; y es desde ese lugar desde donde operan muchos de los artistas con los que trabajamos.

Para finalizar, un pequeño apunte sobre el retorno social. Llevamos mucho tiempo hablando de algo tan invisible como es el impacto de las residencias en un territorio y de las relaciones de los creadores y las instituciones culturales con la comunidad, algo que solo es posible trabajar a largo plazo. Las necesidades de los espacios de creación no siempre coinciden con las de los artistas, así que hay que estar alerta para no trasladar estas necesidades institucionales a los procesos de creación. En este sentido, es mucho más orgánico que las relaciones con la comunidad se construyan desde el propio proyecto artístico, favoreciendo una relación menos forzada y más enriquecedora para las dos partes. La responsabilidad de las personas que trabajamos con residencias es justamente, como buenas conocedoras de nuestro territorio, facilitar este diálogo entre artistas y comunidad, partiendo de la idea de que ni todos los artistas, ni todos los procesos son o están en el momento idóneo para este intercambio.

Por otro lado, estaría bien dejar de hablar de comunidad como una masa amorfa, y empezar a hablar de un conjunto de perspectivas, personas, pensamientos y maneras de hacer donde, siguiendo a Negri, el individuo mantiene su singularidad como parte de la multitud, y donde desde los espacios de creación, trabajando junto a nuestras artistas-habitantes-residentes, somos capaces de abrir el diálogo a individuos de diferente naturaleza, edades, condición social y múltiples capacidades, que forman parte de esta comunidad heterogénea que nos envuelve. Y ante esta multiplicidad de voces que construyen una comunidad, no puede haber más que múltiples lenguajes, estéticas y maneras de aproximarse a la creación contemporánea. Y ante esta diversidad creativa, no puede haber más que diferentes y múltiples espacios casa.

pre-texto número 39, publicado o 10 de setembro de 2018.

Este texto foi escrito por Elena Carmona, en resposta ao convite do Proxecto de Programación Expandida do TRCDanza 2018 para a liña de publicacións denominada “PreTextos” na que un profesional é convidado a poñer en contexto a obra dun determinado artista convidado ao programa TRCDanza, programa estable de danza do Teatro Rosalía de Castro de A Coruña.